

VENERABLE Y FERVOROSA HERMANDAD DE  
PENITENCIA Y COFRADIA DE NAZARENOS DEL  
SANTÍSIMO CRISTO DEL AMOR, MARÍA  
SANTÍSIMA DE LA ESPERANZA Y SAN  
BERNARDO ABAD.

XXV EXALTACIÓN A MARÍA SANTÍSIMA DE LA  
ESPERANZA.

María Luisa Gómez Almansa.

1 de Abril de 2017.

¿Qué Te digo yo, Esperanza  
Que no Te haya dicho nadie?  
¿Cómo empiezo, Madre mía,  
A hilvanar la letanía,  
Que se desgrane en el aire?  
¿De qué modo y que manera?  
Si, por este atril pasaron,  
Los que de amor Te colmaron,  
Veinticuatro primaveras.  
¿Dime, que hago yo Señora?  
Si, los que me precedieron,  
Por lo mucho Te quieren,  
Con tanto amor Te dijeron,  
Que eres Tú la más hermosa,  
Del jardín de las mujeres.  
¿Qué Te cuento, Reina mía?  
¿Cómo sigo yo adelante?  
Si, veinticuatro poetas,  
Esbozaron Tu semblante,  
Con magistral armonía,  
Alternando fina prosa,

Con elegante poesía,  
Y Te exaltaron, Señora,  
Con magnificas saetas,  
Las más grandes cantaoras,  
Que nos ha dado esta tierra.  
¡Dime Tú, mi Soberana!,  
¿Cómo saco yo del pecho,  
El verde de Tu Esperanza,  
Fusionado con burdeos?,  
Si, nadie entiende que amores,  
No se miden por colores,  
Sino, por los sentimientos.  
¿Cómo explico, Majestad?  
Que, para amarte y quererte,  
No existe necesidad,  
De salir en cofradía,  
Ni estar en una Hermandad.  
Sólo el amor incesante,  
Que no cansa, ni descansa,  
En la búsqueda constante,  
De mi fe, Madre Esperanza,

Con el amor más sencillo,  
Que, con saberte, Te ama,  
Y yo ante Ti me arrodillo,  
Dulce Madre Sobrehumana.  
Vengo a corazón abierto,  
A llenarte de alabanzas,  
Con la mirada anhelante,  
Pa' perderme en Tu mirada,  
Y unos pálpitos nerviosos,  
Que me ahogan la garganta,  
Porque al tenerte de cerca,  
Hasta los pulsos se paran.  
No sé si sabré expresarte,  
Lo mucho que yo Te quiero,  
Esperanza, Tú, eres mi baluarte,  
La Joya de mi joyero,  
Perla de las maravillas,  
La Luz de mi candelero,  
Eres mi mar sin orillas,  
Del cielo el mejor lucero,  
Faro de mis tempestades,

Amor de Madre certero,  
Calma de mis ansiedades,  
Luminaria en mi sendero,  
Sagrario de Cristo Vivo,  
Cuna humana del Cordero,  
Eres el seno Divino,  
Del Amor más verdadero,  
Tú, eres la misericordia,  
En Ti, confío y espero,  
Fuente clara de concordia,  
De los más altos veneros,  
Eres mi paz y mi calma,  
Mi bastón y mi asidero,  
Tú eres Rocío del alma,  
Que me cala hasta los huesos,  
Eres Madre Soberana,  
Eres timón de mis sueños,  
Y Eres la brisa temprana,  
Que refresca mis desvelos,  
Eres Bella entre las bellas,  
Madre de Dios, Virgen Santa,

Que pariste a Tu Hijo,  
Siendo mocita y sin mancha,  
Tú carita me encandila,  
Y en Tu boca, yo me pierdo,  
Me encanta verte asomar,  
Ese pelito tan negro,  
Y si me miro en Tus pupilas,  
El sentío ahí, lo pierdo,  
Porque al pararme en Tus ojos,  
Ay! Madre mía de mi alma,  
Es que ya, ni Te lo cuento,  
Porque tienen esa hondura,  
De un pozo de Amor eterno,  
Donde yo encuentro la calma,  
Que me dan Tus dos luceros.  
Guíame por el camino,  
Virgencita, Te lo ruego,  
Que mi amor es peregrino,  
Y espero verte en el cielo,  
En Ti consiste mi espera,  
Tú eres mi confianza,

Porque sé que, nada acaba,  
Todo empieza en Ti, Esperanza.

Reverendo Padre Don José Antonio Capurro, párroco de esta bonita Iglesia de San Bernardo Abad.

Señor Presidente y consejeros de la Junta Local de HH y CC.

Señora Hermana Mayor y miembros de la Junta de Gobierno de esta Venerable y Fervorosa Hermandad y Cofradía de nazarenos del Santísimo Cristo del Amor, María Santísima de la Esperanza y San Bernardo Abad.

Señoras y señores exaltadores que me habéis precedido.

Señora y Señor saeteros en este acto de Exaltación.

Cofrades, amigos, Hermanos en Cristo y María.

Comienzo a escribir este pregón de noche, es tarde. La madrugada, es mi aliada porque, me da el sosiego, el silencio y el recogimiento necesarios para zambullirme en mis recuerdos y vivencias y así, rescatarlas de mi memoria dormida para, poder dibujar mis sentimientos en estos folios que, por estar aún tan blancos, me dan miedo.

Mientras intento empezar estas primeras letras, tengo que levantarme para apagar las luces del árbol de Navidad que, me distraen con sus destellos. Irremediablemente, se me escapa la mirada hacia las figuras del rancio y tradicional Misterio familiar. Allí, me detengo un rato en busca de inspiración, como si la Virgen chiquita me fuera a dictar los renglones del pregón.

Mi hogar y mi ánimo estamos preparados para el nacimiento de Jesús y, sin embargo, mi mente tiene que trasladarse a la Cuaresma en los preludios de Su pasión, muerte y resurrección. No puedo evitar sentir una contradicción en mi interior. Porque, ante mis ojos tengo a la Madre expectante por El Hijo que pronto va a nacer y que, nuestra sabiduría popular, ha dado en llamar, “Estado de Buena Esperanza”.

He prendido ya los cuatro cirios de mi corona de Adviento y estoy especialmente nerviosa porque, hoy es Tu día, Esperanza. Y no es un 18 de Diciembre más. Esta vez, mi inquietud es distinta porque, es la primera vez que te visito, después de saber de mi nombramiento como Tu exaltadora y vengo a encomendarme a Ti.

Y de pronto, allí, en la puerta de la Iglesia, fui plenamente consciente de la difícil tarea con la que me había comprometido.

El peso de la responsabilidad cayó a plomo sobre mis hombros y sentí ese vacío que, se siente en el estómago, cuando te abrumba la pregunta de si serás capaz de llenar el eterno blanco de estos folios de una manera coherente y elegante.

El corazón se aceleraba a medida que me aproximaba a Tu presencia ¿Cómo iba a ser capaz de describir tanta belleza?

La frialdad de mis manos hacía patente mi ansiedad y el galope de mi pecho escondía cien potros desbocados. Desde el dintel de la puerta, ya se podía observar la magnificencia con la que Te habían engalanado. Un enorme dosel, del color de la sangre de Tu Hijo, enmarcaba la majestuosa escena. Hermosos querubines a la orilla de Tu Trono Soberano guardaban con esmero la mantilla que, tantas veces habrá rozado Tu Divino rostro. Te vistieron a la usanza Antequerana, con la saya que Te regaló

Mondeño, una de las maravillas que forman parte de Tu ajuar, junto con la de Panaderito. Rodeaba a la saya de cintura hacia abajo un blanco sudario con lazadas de un precioso color del oro viejo que evocaban, a esa Virgen bendita del Rocío marismeño. El rostrillo, dispuesto en sutiles líneas rectas, acariciaba Tu bellísima cara, en homenaje al recordado Juan Zapata y dejaba entrever Tu precioso pelo negro. Te escoltaban los grandiosos candelabros de cola y un buen número de piezas de la candelaría que, prestaban una luz cálida a Tu imponente silueta. Reparé, de pronto, en Tu corona, diez estrellas tenían que, no eran doce y al momento comprendí, Señora mía, que es porque, ni las estrellas a Ti pueden molestarte. Me acerqué más a Ti, mi Madre buena, temblorosa de amor limpié mis labios y besé Tu mano primorosa que, extendida me ofrecías con agrado. Y sostuve, un instante, Tu mano con mi mano, sentí el calor que me diste de repente y mis nervios se fueron reposando. Y recé, como nunca había rezado implorando protección bajo Tu manto. Poco a poco sentí en mí, reconfortada, la ilusión de sentir Tu tierno abrazo.

Me detuve ensimismada ya en Tu Rostro, de belleza tan perfecta que, conmueve. Y fundí mi mirada con Tus ojos y supe que, Tú eres Esperanza, obra del cielo. Elegida por Dios Padre, en alianza, para ser la Madre del Cordero.

Dulce María, Virgen del Adviento,  
Madre del Amor, Buena Esperanza,  
La que abre al futuro y nos alcanza,  
La Gracia de esperar Su alumbramiento.

Ya Te dio el Señor consentimiento,  
Ya Te puso el Espíritu Alianza,  
Y Te cubrió Su Sombra, sin tardanza,  
En un casto y divino nacimiento.

De un tiempo que es espera a la venida,  
De mi Dios que, en hombre se va gestando,  
En senos de Esperanza concebida.

Enséñame a vivir siempre esperando,  
Virgen de la Esperanza tan querida,  
Que, si espera es El Amor, yo espero amando.

Gracias, y mil gracias.

Gracias, a la Junta de Gobierno de esta Venerable y Fervorosa Hermandad, por confiar en mi persona para la vigésimo quinta exaltación de Nuestra Señora de la Esperanza.

Gracias, por ofrecermme toda la ayuda necesaria y poner a mi disposición, su tiempo y sus esfuerzos, en todo momento.

Gracias, a los saeteros que, hoy ponen su voz y su arte para alabar a la Madre de Dios.

Gracias, a mi familia porque, sin su apoyo y su aliento, serían estériles mis ilusiones.

Gracias a todos los presentes, a mis amigos, por prestarme el calor humano, tan necesario en estas ocasiones.

Gracias, a mi presentador, Jorge. Supe desde el primer momento que, no podía ser nadie más que tu quien me presentara en esta bendita casa de Esperanza.

Sé que, te ponía en un aprieto porque, siempre me has dicho que te daba pánico hablar en público pero, sabes que no podía ser de otra manera.

Si alguien me ha contagiado del amor a Esta Bendita Imagen, ese, has sido tú. Nos conocemos hace ya muchos años y hemos mantenido tertulias cofrades en las que, intercambiamos ilusiones y amores a nuestros Titulares. Pero, en pocas personas he visto, ese brillo en la mirada, esa voz entrecortada, esa ilusión en los labios al hablar de su Esperanza.

Y no es extraño porque, Esperanza, cautiva los corazones. Por ser su vestidor y gozar de esa cercanía íntima con Ella, más cautivo de Su amor permaneces. Y es que, no hay ilusión más contagiosa que la dibujada en tu mirada ni júbilo más profundo que, el que pones al hablar de Esperanza.

Por otra parte, es encomiable la labor que haces en tu taller de bordados y en el de la hermandad. Es un lujo contar contigo para diseñar, dirigir y ejecutar trabajos tan espectaculares y delicados como los que han salido de tu inestimable arte del bordado. Verdaderas joyas que, engrandecen a La Señora, a La Hermandad y al mundo cofrade de La Línea.

Dime amigo,

¿Qué se siente cuando,  
La tienes tan cerca?  
¿Qué te dice La Señora,  
Cuando estás delante de Ella?  
¿O eres tú el que Le hablas,  
Mientras La pones tan bella?  
¿Cómo pones alfileres,  
Cuando hasta el pulso te tiembla?  
¿Cuántos suspiros se escapan,  
De tu pecho en Su presencia?  
¿Y Cuántas lágrimas resbalan,  
Por tu cara ante La Reina,  
Cuando susurra a tu oído,  
“No temas, mi niño, empieza”?  
Y corre un escalofrío,  
De tus pies a la cabeza,  
Y de tus manos el arte,  
Con dulzura y sutileza,  
Comienza esa algarabía,  
Que realza Su Belleza.  
“He pensado, Reina mía,

Que Te pondré hoy este terno”,  
“Muy Bien, hijo de mi vida,  
¡Qué guapa me estas poniendo!,  
Como se nota, mi bien,  
Que soy tu ojito derecho”  
¿Te molesta un alfiler?  
Dime, mi Madre Divina,  
Que Te lo cambio al momento.  
“Si el cielo a ti te ilumina,  
Si tú eres un portento,  
¿Cómo me va a molestar,  
Tesoro de mis entrañas?  
Si no se puede poner,  
Más corazón ni más maña,  
Ni más sentimiento cabe,  
Que el que tú estás poniendo,  
Cuando me ajustas el talle”.  
Hoy, Te vestiré de Reina,  
Pa’ presumir en Tu casa,  
Que vienen muchos devotos,  
A visitarte, Esperanza,

Y ya mismo, en unos días,  
A llenar calles y plazas,  
De este pueblo que Te quiere,  
Y Te colma de alabanzas.  
¡Que así sea, corazón!  
Y entre Madre y vestidor,  
Se pasan horas enteras,  
Hablando con tanto amor,  
Que parece no existiera,  
Otro mundo alrededor,  
¡Qué privilegio más grande!  
¡Que don más grande, Señor!  
Que vestir a La Esperanza,  
Es la mejor bendición,  
Es la gracia que se alcanza,  
Porque así lo quiso Dios,  
Porque La quieres de veras,  
Porque estás loco de amor,  
Y el tesoro que tú encierras,  
Amigo, porque lo quiere El Señor,  
¡Tienes un cielo en la tierra!

Con motivo del cincuenta aniversario de la primera salida procesional de la Santísima Virgen de la Esperanza, la Hermandad, programó diversos actos extraordinarios en Su honor, entre los cuales, tuvo lugar la exaltación de la saeta, el 8 de Marzo de 1997.

El exaltador fue Don José Luis García Guillermo, quien a su vez, contó como saeteros con Don Mario Galán, Don José Manuel Fernández, Doña Pilar Pérez y para mi sorpresa, conmigo misma. Y digo para mi sorpresa porque, yo no me había prodigado como saetera ni mucho menos, más bien era de cantar alguna saeta en la calle más íntima o en la esquina más tranquilita que hubiera. Siempre he tenido mucho respeto por este palo del cante que, me parece de los más difíciles de ejecutar, ya que, hay que conjugar el buen hacer del cante, sin referencia alguna de tono ni compás, con el sentimiento más profundo hacia la Imagen Sagrada a quien va dirigido ese cante.

Fue una noche verdaderamente mágica y no exenta de la consabida anécdota que suele ocurrir en los más inesperados momentos.

Veréis,

Estaba el templo completamente lleno. Los rezagados habían terminado de acomodarse para poder disfrutar del acto.

El presentador, una vez hecho el esbozo del acto en sí, las pertinentes y protocolarias saluciones y la introducción al exaltador, fue nombrando a los saeteros para que, ocupáramos nuestros respectivos asientos, que estaban dispuestos en el presbiterio.

Pilar, que iba la primera, al oír su nombre, comenzó a enfilarse hacia su posición pero, por capricho del infortunio, el tacón de su zapato quiso enredarse en los encajes de la mantilla al subir el escalón de entrada y quedó como presa en una red que le hizo poner rodilla en tierra. Yo que, iba inmediatamente después y me percaté de lo sucedido, también puse mi rodilla en tierra para, intentar liberar el dichoso tacón y continuar nuestro camino. Como era de esperar, se produjo el embotellamiento de todo aquel que viniera siguiéndonos. Mi amigo Rafa que, era uno de los que venían detrás y no se había dado cuenta de lo ocurrido, sentenció al momento y con mucha gracia:

¡Chiquillas, ustedes creen que es momento ahora de ponerse a rezar!

Y, ciertamente, no era el momento más apropiado aunque, por dentro, cada uno, íbamos encomendándonos al Señor, a La Virgen y a todos los Santos del cielo.

De la pluma de José Luis, salieron verdaderas joyas que, hoy en día, se siguen escuchando cada Semana Santa, en las voces de aquellos mismos saeteros.

Cubierta de verde manto

Tu figura es de una niña

Con la carita de nardo

Que das orgullo a La Línea

Y Esperanza a San Bernardo.

Quien pudiera ser Tu encaje

Pa poderte acariciar

Y la tela de Tu traje

Pa no dejarte jamás.

Madre mía no me explico

Mi entendimiento no alcanza

Como al Amor infinito

En una cruz de Esperanza

Me lo tienen clavito.

Ay quien pudiera Señora

Vivir en calle Gaucín

Para pasarme la horas

Enteritas junto a Ti.

Como era lógico, tuvimos algún ensayo para, comprobar la acústica del templo y para coger el pie del texto de José Luis que, nos daba la entrada a cada uno de los saeteros. Y fue entonces que, ocurrió algo inesperado. Si mi intervención el día del acto, no había pasado de meramente correcta, sin embargo, en aquel

ensayo, canté la mejor saeta de mi vida. Aun hoy, después de veinte años, no me cabe duda de que la Virgen obró en mí alguna especie de maravilla.

Y en aquel prelude,  
De la noche eterna,  
En aquel ensayo,  
Que ajustaba escenas,  
Yo canté, sin duda,  
Mi mejor saeta.  
No más de seis almas,  
Estaban presentes,  
En aquel momento,  
En que vino el duende,  
Dirigí mis pasos hacia el camarín,  
Que allí estaba, Hermosa,  
Dulce y Primorosa La Rosa de Abril,  
Me miré en Sus ojos,  
Como lo hago siempre,  
Fue, como si me clavarán,  
Casi de repente, certeros,  
De amores, rejonos de muerte.

Se enervo mi cuerpo,  
Y de mi garganta,  
Cánte de hondura,  
De Amor y Esperanza,  
Cánte de Quejío,  
De rezo del alma,  
Cánte de requiebro,  
A mi Madre amada,  
Salió de mi pecho,  
Cuando yo cantaba.  
Fue, como una brisa,  
Que Ella me insuflara,  
Fue, como un suspiro,  
Que Ella me prestara,  
Dibujando el eco,  
Con el pentagrama,  
Que inundó el espacio,  
De aquella plegaria.  
Me asomé al balcón,  
De Su honda mirada,  
Jamás vi otro sol,

Ni que más brillara,  
Que el de aquellos ojos,  
Llenos de Esperanza,  
Que me dieron voz,  
Compás y templanza.  
Jamás quise nunca,  
Volver a cantarla,  
Nunca repetí,  
Aquella alabanza.  
Veinte años lleva,  
Mi boca sujeta,  
Y es que, Tú lo sabes,  
Mi buena Esperanza,  
Que a Ti te canté,  
Mi mejor saeta.

Y quiero alzar ahora, el telón del Viernes Santo. Ese que, empezó entre mantillas y ternos oscuros visitando templos.

Y en San Bernardo, El Dios del Amor y Su Bendita Madre de Esperanza me esperan, para luego irme con Ellos en esa tarde, noche y madrugada del día soñado. Y es que hoy, lo tengo claro, hoy se ha empadronado en San Bernardo el cielo.

Ya está todo listo, preparado con el mismo cuidado y esmero de siempre. ¡Cuántos nervios en la casa de Hermandad!

Los nazarenos, inquietos, cubriéndose de verde antifaz. La hermana mayor que, cede el testigo al fiscal. El fiscal que, dibuja en su mente la Estación perfecta. Los costaleros ajustándose la ropa y los corazones. Los capataces, de negro, anhelando siempre la levanta soñada. El del pabito, merecido nazareno de plata, en la candelaría, el pertiguero, los acólitos, el aguador, el vestidor que, guarda en un suspiro la eterna charla con su dueña. La música que, ya suena con sonos de espera.

Y mientras tanto, la multitud abarrota la calle y la ansiedad se apodera del momento por ver salir a la cofradía. ¡Cuánto sacrificio tiene una Hermandad hasta llegar a la calle! Pero, ahora, ahora toca disfrutar! Aunque, esto se llame Estación de Penitencia. Ya todo se ha envuelto con el esfuerzo y la sabiduría del deber cumplido. La Hermandad de Amor y Esperanza ha sabido a través de su historia ir transformándose, sin dejar de mirar atrás, conservando las raíces, para colocarse en un lugar destacado para bien de nuestra Semana Santa.

¡Mira, ya se abren las puertas! ¡Ya asoma la cruz de guía!

Y así, entre el revuelo y el gentío, entre las paredes blancas de la calle Gaucín, regada de romero y una nube de incienso, donde el sol reverbera con más fuerza, la luz envuelve la carne aún viva de Cristo que, ha soportado tempestades contra viento y marea y ofrece protección a este barrio que se arrodilla ante su inmenso Amor.

Un Amor que, es ejemplo de humildad y sacrificio. Por eso, tiene su sacrificio y compromiso la vida de hermandad que, es llenarse de Amor y saberlo compartir. Amor en su Junta de Gobierno,

Amor en la cuadrilla, Amor en los capataces, Amor en sus hermanos y Amor en la Magdalena que, envuelta en la fragancia de su llanto se muestra rendida, calmando el corazón de Cristo desgarrado por el dolor, mientras un romano, sin nombre, Le ofrece el vino agrio con hiel de amargura.

Cristo nuestro del Amor,  
Que en la tarde vas saliendo,  
Soportando el sufrimiento,  
En la Cruz de Tu dolor.  
Yo siento rubor, Señor,  
Pues, mis pecados Te humillan,  
Y me clavo de rodillas,  
Para pedirte perdón.  
Tú, que tienes la misión,  
De entregarte hasta la muerte,  
Haz que mi alma despierte,  
Y se rinda a Tu enseñanza.  
Que no ceda en la balanza,  
De este mundo de injusticia,  
Y yo ponga una caricia,  
En el hermano que sufre.  
Que Tu Amor, Señor, alumbre,

Este torpe corazón,  
Que no atiende a la razón,  
Del porqué de Tu agonía.  
Dame Tú, sabiduría,  
Para poder comprender,  
Porqué tienes que beber,  
El vinagre de amargura.  
Se cumplirán escrituras,  
Que al ser humano liberte,  
Y pagarás con Tu muerte,  
En una cruz de pasión.  
Perdóname la traición,  
Señor, yo te lo suplico,  
Que hoy, de nuevo sacrifico,  
Con mi ignorancia, Tu Ser.  
Si Tú me mandas querer,  
Y el mensaje es sencillo,  
¿Por qué le pongo pestillos,  
Al corazón para amar,  
Y no soy capaz de dar,  
Lo que me tienes mandado?

“Ama, como yo te he amado”,  
Es Tu Divino mandato.  
Y hoy me embarga el arretrato,  
De no saberlo cumplir,  
Ayúdame a redimir,  
La amargura de esta pena,  
Conviérteme en Magdalena,  
Aunque, sólo sea un momento,  
Para endulzar el lamento,  
De Tu triste padecer,  
Deja que sea la mujer,  
Que Te limpie las heridas,  
Y la lección aprendida,  
Reconforte Tu dolor,  
Para que siempre, en mi vida,  
Ponga amor, Señor, Tu Amor.

Ya va el Cristo del Amor por su barrio, entre revuelos de capas verdes y aromas de incienso, con mecidas en el aire de una cuadrilla que, le pone el punto sublime en su caminar pausado y lento.

Y tras El, una Paloma de dulce vuelo que gusta, enamora, te conquista. En un soberbio palio que, viste de plata el momento.

Se rompen las partituras, por la belleza, sin igual, de la Reina de los Cielos.

¡Que va a salir La Esperanza! ¡Esperanza para el pueblo!

Y en la misma calle, entre la misma multitud, se sobrepone tu pena, la que dejó el Cristo y el dolor queda enconado en el pecho porque, ahora, todo se envuelve en el suspiro de la Esperanza infinita. Y en el dolor y en la angustia que nos produjo el sufrimiento del Señor, algo, se nos queda riendo en el temblor de una lágrima," Esperanza". Nombre bello, musical que tiene resonancia en nuestros corazones y consigue abatir los muros del dolor para dejar entrever los más puros y bellos horizontes.

¡Más fuerte que el dolor es la Esperanza!

Esperanza en que, aunque llegará a cumplirse la sentencia que pesa sobre El Hijo, esperamos en La Esperanza de Su gloriosa Resurrección. Y es tal la expresión que ilumina a la Madre de Dios, tan dulce y divina que, nuestro pueblo se estremece con sólo pronunciar Su nombre.

¡Qué bonito es Tu nombre, Madre mía!

Esperanza Te llamas y eres pura

Como ese temblor de noche oscura

Que ya presiente el resplandor del día.

Tu nombre suena a gloria, Reina mía  
La Línea, a Ti, Te quiere con locura  
Tú, sabes comprender cuanta amargura,  
Suele ocultar, a veces, su alegría.

Divina y dulce tienes la mirada  
Que sabe del dolor y de la muerte  
Y por su luz, el alma es consolada.

Para verla brillar por vez primera  
Me trajo de la mano, para verte  
Orgullosa y feliz, mi madre Adela.

Con el recuerdo intacto de aquellos años de infancia, un eco, de repente, retumba en mí para sacarme de la evocación y traerme de nuevo al momento presente.

¡Jimenez, que vi a llamar! ¡Tos por igual valiente! ¡Aliviaita para la Madre de Dios! ¡A ésta es! ¡Costero izquierdo, poco a poco! ¡Llámate un poquito Moyi! ¡Bueno, pararse ahí!

Y queda enmarcado el más bello cuadro que se pueda imaginar en el dintel de la puerta y todo un lujo de sensaciones se despiertan en nuestros sentidos.

¡La perfección del paso de palio! ¿Quién pudo idear este sublime retablo para la Madre de Dios? O, quizás, fue el mismo Dios

quien lo dispuso en sus formas y conceptos porque, a todos, también a Él, nos gusta presumir de Nuestra Madre.

Y la vista se recrea, y el perfume se respira, y el sonido nos embriaga, y el tacto roza el cielo, y el gusto saborea lo divino y nos desborda. Todos los sentidos son cautivados por la belleza tan perfecta que podemos contemplar. Y aun así, la perfección más absoluta no son los varales repujados, ni las jarras con un jardín de las mejores rosas, ni candelabros con un mar de cirios, ni bambalinas de ensueño, ni la recia crestería, ni velas rizadas, ni candelabros de cola, ni peana, ni corona, ni manto bordado en oro con puntadas soñadoras, ni pañuelo que bebe el llanto de esas lágrimas divinas, porque, el centro es Ella misma. La Bendita Virgen de la Esperanza.

Y envuelta entre la multitud, tras sonar el himno solemne para la Reina, los acordes con aires de Esperanza, comienzan a sonar para que, La Niña de San Bernardo, acaricie el alma de todos y cada uno de los que, le saldremos al paso para verla y sobre todo, para que Ella nos vea.

¡Mírame de frente, Esperanza, mírame!

Navega ya La Esperanza gloriosa por su barrio que, se viste de gala para su Virgen. ¡Que orgullosa está Tu gente de tenerte por vecina! Las paredes se han encalado y las calles se han puesto coquetas, porque hoy, las pasea la más distinguida Señora.

En el hospital, se La espera y Esperanza llega, como un susurro de aliento para los enfermos que se aferran a Su poderío de dulzura. Se asoman cabecitas a los ventanales y se adivinan lágrimas de esperanza cayendo por los rostros de los que allí esperan una mejoría. Alguna saeta se ha escapado desde la

lejanía de aquella ventana pero, con el tino y la fuerza precisa para llegar a su destino.

¡Cuánto nos hace falta tu esperanza, Madre Mía ¡

Cuando La Virgen se va, ha dejado un reguero de amor esparcido y corazones henchidos porque, no hay mejor visita que la de Ella. ¡Gracias, Esperanza, Gracias!

Se fue tornando, poco a poco, la tarde en noche. En ese coqueteo constante del sol con la luna grande en el que, siempre queda de vencedora la luna asomada al pretil de la noche. El cielo, nos ha ofrecido toda una gama de matices de claro oscuro de azules. Y, donde antes pasaba desapercibida la cera ardiente, ahora, ha cobrado el protagonismo la luz de Dios. Todo el palio se vuelve un anafe, un ascua que, desparrama sus destellos dorados.

Es el momento en el que gusta verla venir de lejos, pausadamente, con esa luz temblorosa de los cirios que, acotan el retablo divino y andante de la Reina de los Cielos.

Y viene ganando la calle,  
Entre vaivenes de ensueño,  
La Reina de la Hermosura,  
Sobre sus treinta luceros.  
¡Despacito Costaleros!  
¡Vaya cuadrilla con arte!  
¡La elegancia de estandarte!

¡Qué arte entre los costeros!  
¡Qué racheo de dulzura!,  
¡Qué medida en la cintura!,  
¡Qué compás más exquisito!  
¡Qué caminar tan bonito!  
Andares de maravilla,  
Para la Reina del Cielo,  
Que, aunque parezca Chiquilla,  
Es, La Madre del Cordero,  
Y Ella, Le sigue el sendero,  
Al Amor más infinito,  
Al que llevan clavaíto,  
Por Amor, en un madero.

La cofradía, sigue su caminar pausado y lento, con un derroche de elegancia y sentimiento por las calles y plazas de su itinerario. Serán muchos los lugares en los que tendrá una emotividad especial en su venida, su barrio, el hospital, en la calle de La Paz, Clavel, la entrada a la Calle Real, Carrera Oficial y, para mí familia, por supuesto, cuando llega a ese pequeño museo que, es nuestra segunda casa. La Chicotá. Allí, se han ido acumulando cubriendo sus paredes, techos y estantes, 30 años de historia de una pasión cofrade. Y, entre esos tesoros, en un

lugar preferente, rodeado de ángeles, medallas de Hermandades y costal, la trasera del antiguo paso en nogal de estilo Renacentista en el que, procesionára, durante años, Nuestra Señora de la Esperanza. Todo un honor y un orgullo, poder contribuir a mantener vivo el recuerdo de tiempos pasados y rendir homenaje, bien merecido, a cuantos nos precedieron.

Y en el cielo de Tus ojos, Esperanza, se mira la noche por la Plaza de Fariñas. Enclave idóneo para los artistas de la cámara. Las altas palmeras, vigías del discurrir de los pasos, no salen de su asombro al verte y las fuentes, mudas y secas, ansían que le quiten la mordaza del silencio y el agua quiere brotar en Tu honor, como brotan los suspiros de los que allí se congregan para verte y como brota el humo del incienso que perfuma el aire.

Y de una Plaza a otra. La Plaza de la Iglesia, corazón histórico, centro neurálgico, entorno privilegiado y emocionante de nuestra Semana Santa.

La cofradía, llega a cumplimentar su Estación de Penitencia en el Santuario ante Nuestra Patrona, La Inmaculada Concepción.

Allí, verá La Alcaldesa Perpetua, desde principio a fin, la Pasión de Su Hijo, con distintos nombres, que vienen cada año por la primavera. Y también se verán, frente a frente, Madre a Madre, Reina a Reina.

Dime, Hijo ¿Tú quién Eres?

Soy, El Amor, Madre Excelsa,

Y vengo de San Bernardo,

Como cada primavera.

¿No has conocido mi Cruz?,  
¿No has visto a la Magdalena?

¿Ni al romano que me ofrece,

Vinagre para que beba?

Yo Vengo crucificado,

Por mor de limpiar pecados,

Como mi Padre me dijo,

Por eso, soy Crucifijo,

Cerquita de la hora nona.

Si, Amor mío, perdona,

¡Si me vienes hecho un Cristo!

Yo no sé cómo resisto

Tanto dolor Hijo mío.

La oscuridad de la puerta,

Es la que me ha confundido,

Y además, ando nerviosa,

Porque, me ha faltado un Hijo,

Y la pena me devora,

Que, Tu Hermano no ha venido,

Y no sé qué habrá pasado,

Para que venga a deshora.

Perdón Él lleva por nombre,  
Y vive en casa de San Pedro,  
Su mano, apoya en la roca,  
Porque ya viene vencido,  
Por la cruz que Le aprisiona,  
Y Tres caídas Ha tenido,  
En Su camino hacia el Gólgota.

¡Di mi Amor! ¿Tú no Lo has visto?

Yo, no Lo he visto, Patrona,  
Pero traigo la medalla,  
Del que a los hombres perdona,  
No vendrá a verte mí bien,  
Por líos entre las personas,  
Que si tú, si yo, ¿Si quién?,

¡Ay, cofrades! cuantas veces, se equivocan.

Bueno, Madre, vuelvo a casa,  
Que hasta en mí, mandan las horas.

¡Ve con Dios, Amor de Hijo!

¡Queda con Dios, mi Señora!

Y llega a la Madre Santa,

La Santa Madre de Dios,  
¡Ave, María Inmaculada!  
¡Ave, Esperanza de Amor!  
¡Qué alegría de Tu llegada!  
¡Que me llena de ilusión!,  
Eres tan guapa y coqueta,  
Y mueves tanto fervor,  
Que hasta la Plaza enmudece,  
Cuando nota Tu presencia.  
¡Qué precioso Palio tienes!  
¡Qué flores tan bien dispuestas!  
¡Qué espectáculo de manto!  
¡Qué caminar de princesa!  
Pero, Dime, Esperanza,  
¿Tú tampoco sabes nada,  
De nuestra Hermana Pequeña?  
Ella, siempre viene el Jueves,  
Y hoy, ya es Viernes y no llega.  
Pues verás, Inmaculada,  
Sólo Te puedo decir,  
Que hay problemas en Su casa,

Y que no pudo salir.  
¡No me digas, Esperanza!  
Pues, ¿Sabes lo que Te digo?,  
Que, a Dios toca decidir,  
Y poner en la balanza,  
¿A Él quién le va a mentir,  
En lo que allí sucediera?  
Que Él, seguro que sabrá,  
Porqué tuvo que pasar,  
Que San Pedro no saliera,  
¡Ay, Salud, Qué sin vivir!  
¡Sin verte una primavera!  
No Te preocupes Hermana,  
Un año pasa, que vuela,  
Ya verás como muy pronto,  
Vuelven aquí, a Tu puerta,  
Él, repartiendo Perdón,  
A todo el que lo merezca,  
Y Ella, dando salvación,  
Con Su Fuente de agua fresca,  
Y los andares coquetos,

De Sus niñas costaleras.

Y ahora, me tengo que ir,

Que mi Hijo Amor, me espera,

Y nos queda un largo trecho,

En el camino de vuelta.

¡Muchas gracias, Esperanza!

¡Ve con Dios, Bella Azucena!

¡Sea Contigo, Inmaculada!

¡Nos vemos en primavera!

Y pasan los campanilleros y pasó La Esperanza por la Plaza de la Iglesia. Es uno de los momentos más esperados de nuestra Semana Santa. Ver pasar a La Esperanza es, como un aliento de vida, como un proyecto ilusionante de futuro porque, Ella representa el mañana de La Resurrección. La espera, siempre, de algo mejor. Por duro que sea el momento, no ha de perderse nunca La Esperanza. Eso, es lo que nos dejó La Virgen, confianza en el mañana porque, es Su Amor infinito de Madre y el Bendito Amor de Dios, lo que nos ampara.

A partir de este momento, comienza la vuelta a casa. Una vuelta que, hará la cofradía mucho más asentada porque, ya pesan las horas. Pero, que no restará ni un ápice de compostura y devoción, más al contrario, se aumentará. Comienza otro capítulo de la penitencia que, será la lucha interna contra el

dolor de riñones de los nazarenos por el ritmo lento y los parones necesarios. Y se sobrellevará el malestar que provoca el capirote ajustado en la frente, pensando sólo, en el motivo de nuestra particular Estación de Penitencia. A los costaleros, también les pesarán más los kilos, escocerá la huella de la trabajadera en su cerviz y las piernas temblarán un poco más pero, el corazón y las ganas irán en aumento.

Prueba de ello será, cuando la cofradía llega a la casa Salesiana. Todo un derroche de pundonor y buen hacer que, nos sobrecogerá, en el saludo a Jesús en su Entrada Triunfal y María Santísima de la Alegría. Amor-Triunfal, Alegría con La Esperanza. ¡Qué simbiosis más perfecta!

Y la bulla de gente, que no en el caminar de la Virgen, se apodera de la calle Menéndez Pelayo. Desde la capilla de Salesianos hasta la recogida en su capilla de la calle Gaucín, será un reguero de amores del pueblo, quien acompañe a Cristo y Su Madre. ¿Y pasa la Macarena? No, pasa La Esperanza de La Línea. Que nada tenemos que envidiar a la fuente cofrade de donde bebimos en su momento. Si pusiéramos a nuestra Esperanza en la carrera oficial de Sevilla, dirían los sevillanos: ¡Oh, qué maravilla, otra Esperanza en Sevilla! Pero no, amigos sevillanos, esta Esperanza, es nuestra. De La Línea, con La Línea y para La Línea. ¡Esperanza para nuestro pueblo!

Entre un revuelo de gentío y multitud, mayor aun que el que había en la salida, llegan el Cristo del Amor y La Virgen de la Esperanza a Su capilla, en Su casa de Hermandad. Habrá, quien se ha apresurado en coger sitio, deseoso de no perderse un detalle de ese momento. ¡El último palio de nuestra Semana Santa! Y no queremos que termine. Y La Virgen, no se quiere ir.

Se tomará el tiempo necesario para, que nos quede grabado en la retina y en el alma Su mensaje Divino.” Esperanza”, virtud por la que aspiramos al Reino de los cielos para nuestra felicidad eterna. ¡Sea de Tu mano, Señora, siempre de Tu mano!

Esperanza, Reina mía,  
Para el final he dejado,  
Emociones contenidas,  
Y piropos en mis labios.  
Porque, todo el recorrido,  
Contigo he ido soñando,  
Y Te doy mil gracias, Madre,  
Por llevarme de la mano.  
Vine a buscarte, mi vida,  
Esta tarde muy temprano,  
Me fui llenando de Ti,  
Poco a poco, paso a paso,  
Sin prisas por descubrir,  
Qué me tenías guardado,  
Como se hacen las cosas,  
En las que pones agrado.

Estallé de gozo al verte,  
Estrenando primavera,  
Que por fin llegó mi suerte,  
De estar contigo, mi Reina,  
Anduve sendas de aurora,  
Cruzando lunas de espera,  
En guirnaldas de luceros,  
Por ver Tu cara serena,  
Por eso, en esta aventura,  
Del pregón que Te confío,  
Me encomendé al poderío,  
De Tu cetro de dulzura.  
Y aquí, a Tus plantas puras,  
Con manojitos de amores,  
Y suspiros de alabanzas,  
Te entrego yo el corazón,  
Y respondo a la cuestión,  
De si respiro Esperanza,  
¿Qué si respiro Esperanza?  
Yo afirmo en este momento,  
Que respiro la grandeza,

Y que gozo en el contento,  
Porque tengo la certeza,  
Que hija Tuya, yo me siento.

Yo, respiro por Tu boca,  
Tus tiernos labios trasminan,  
Y es que a mí me vuelve loca,

La pureza tan divina,  
Cuando Tu beso me toca.

Y respiro por Tus ojos,  
Que me miran con desvelo,

Y que son para mi antojo,  
Espejos de caramelo,  
Donde mi vida reflejo.

Respiro por Tu nariz,  
La esencia a clavel y a nardo,

Donde toman el cariz,  
Esas flores que, a Tu paso,  
Florecieron con tal fin.

Yo respiro en Tus mejillas,  
La inocencia y el rubor,  
Pues, pareciendo chiquilla,

Alumbraste a Nuestro Amor,  
Sin mácula y sin mancilla.  
Y yo respiro en Tu frente,  
Que coronan las estrellas,  
Y Tú, Madre reluciente,  
De entre todas, La más bella,  
Tu hermosura es imponente.  
Y en Tus manos yo respiro,  
Me acurruco en Tu pañuelo,  
Y se me escapa un suspiro,  
Tu caricia es mi consuelo,  
Y con Tu tacto deliro.  
Y de Tu talle respiro,  
La pureza y el candor,  
Con que ofreciste cobijo,  
Por mandato del Señor,  
Al Puro Amor de Tu Hijo.  
Y respiro de Tu encaje,  
Espumas de playas blancas.  
Por San Bernardo, en la tarde,  
Parecen hechos de nácar,

Que los cosiera el levante.  
Respiro yo en el encanto,  
De sentirme protegida,  
Bajo el verde de Tu manto,  
Que con hebra entretejida,  
Van cosidos mis quebrantos.

No se riñe Tu realeza,  
Con ninguna advocación,  
Todas, Amor y grandeza,  
En esto no hay discusión,  
Juntas vais en mi cabeza,  
Y hoy en Ti, mi corazón.  
Sabes, Esperanza mía que,  
Tuya es la vida que aliento,  
Es Tuya mi inspiración,  
Es Tuyo mi pensamiento,  
Tuyo todo sentimiento,  
Que brotó en este pregón.  
Por eso, mi bien, Te digo,  
Que nada importó mi suerte,  
A la hora de exaltarte,

Que yo solo aspiro a verte,  
A la dicha de quererte,  
Y al honor de pregonarte.

¡Dios te salve, Esperanza! Amén.



